

La mayor aventura  
es el amor

# *Julia London*

**BODA A  
DESTIEMPO**



Tras abandonar su trabajo de especialista cinematográfico, Eli se ha convertido en uno de los jóvenes socios de la empresa Aventureros Extremos Anónimos. Es un hombre atractivo, divertido y alérgico al compromiso. Uno de sus antiguos amigos actores le pide que prepare su enlace en un pico de alta montaña... y Eli necesita ayuda.

Marnie acaba de montar su propio negocio de organización de bodas y no puede desaprovechar la oportunidad que supone planificar la ceremonia de dos famosas estrellas de Hollywood.

A pesar de que Eli y Marnie comienzan con mal pie, su relación se afianza poco a poco... Hasta que Eli, muerto de miedo, decide huir al Amazonas. ¿Pero podrá olvidar la tormenta que los unió?

## Capítulo 1

**A**llí estaba, su próxima víctima... aunque en realidad no tenía para nada la pinta de las otras organizadoras de bodas.

Lo cual no era necesariamente malo.

En el límite de Beverly Hills, en la esquina de la Tercera con Fairfax, Marnie Banks, su siguiente víctima (como a Eli McCain le gustaba considerarlas, por razones que muy pronto se harían evidentes para la señorita Banks) entró en el Mercado de Frutas y Hortalizas con una gorra roja de béisbol en la cabeza.

Al menos, seguía las instrucciones.

Desde el asiento trasero del Lincoln Town Car, Eli la observó adentrarse en el mercado. La chica llevaba un bolso colgado al hombro y unas zapatillas blancas como la nieve. Él no sabía mucho de moda femenina, pero le parecía que aquellas zapatillas de deporte no pegaban nada con el resto de su atuendo. Se suponía que debía ir vestida en plan sencillo, informal, con prendas cómodas, no como si se dirigiera a un congreso de institutrices. Los pantalones le recordaron a Eli algo que su madre se pondría, y llevaba la blusa abotonada casi hasta la nariz.

Bueno, la chica había hecho lo que le habían pedido: llevaba una gorra roja y zapatillas deportivas, y seguramente iba a comprar una pieza de fruta; lo acordado para que así pudieran distinguirla de todas las demás institutrices que pudieran estar rondando por el mercado.

La joven se volvió hacia la derecha y... ¡uau! Una gruesa cola de pelo cobrizo le caía por la espalda desde la gorra de béisbol. Eli comprendió de repente lo que ella le dijo cuando la llamó para concertar la entrevista.

Sin saber muy bien por qué, él y sus socios estaban entrevistando a organizadoras de bodas para coordinar una muy especial. Sí, los Aventureros Extremos Anónimos, el club para hombres más exclusivo de Los Ángeles, estaba a punto de incorporar a sus filas a una organizadora de bodas.

Era una historia complicada, y a Eli no le gustaba pensar demasiado en ella, pero lo importante de todo aquello era que cuando había llamado a Marnie Banks para explicarle cómo iba a funcionar la entrevista y le había dicho que debía llevar una gorra roja, una pieza de fruta, zapatillas de deporte y ropa de batalla, ella no se había inmutado. A diferencia de las otras candidatas, que parecían haberse asustado con todos esos requisitos, ésta en seguida había comenzado a parlotear como una bandada de cotorras sobre lo importante que era el secreto y la cautela a la hora de organizar la boda de dos superestrellas.

Eli había valorado positivamente que aceptara sus extrañas peticiones de una forma tan natural, y le había ido indicando cada uno de los requisitos para la entrevista.

—¿Puedo hacer una pequeñísima sugerencia? —preguntó ella, cuando acabaron con la lista.

—¿Una sugerencia?

—Una pequeñita. Lo que quiero decir es que con la fruta y los zapatos no hay ningún problema. Pero ¿le importaría que me pusiera una gorra negra en vez de roja?

Su pregunta lo había desconcertado; no podía imaginarse qué importancia podía tener el color de la gorra.

—¿Por qué? —preguntó pasado un instante—. ¿Qué tiene el rojo de malo?

—Que tengo el pelo rojo.

Lo dijo como lo más normal, como si fuera totalmente evidente para cualquiera lo que eso significaba. Eli se quedó tan estupefacto que no supo qué responder, y aún estaba tratando de dilucidar lo que la chica había querido decir, cuando ésta añadió:

–Una gorra roja no pega con mi pelo.

Él le contestó que esperara un segundo, luego cubrió el auricular con la mano y se quedó mirando la pared.

–¿Qué? –preguntó Cooper, uno de sus socios, mirándolo con incertidumbre–. ¿Está pirada?

–Sí. No. No lo sé. Pero cree que una gorra roja no pega con su cabello rojo.

–¿Qué quieres decir con «no pega»? –quiso saber Cooper, que parecía tan confuso como él.

–Creo que significa que no quedan bien juntos. Como el verde y... mierda, no lo sé, lo que sea que no quede bien con el verde.

–¡Anda ya! –exclamó Cooper.

Eli frunció las cejas y apartó la mano del auricular.

–No –le dijo a Marnie con firmeza–. Gorra roja.

–¡Vale! Pero por preguntar... Preguntar no hace daño, ¿verdad? Nunca me ha importado preguntar nada, porque sup...

–Marnie, ¿eres tú?

La voz de una mujer mayor al teléfono sorprendió a Eli y, al parecer, también a Marnie, porque por primera vez desde que había contestado la llamada, dejó de hablar.

–¡Mamá! ¡Estoy al teléfono!

–¿Ah, sí? ¡Ya me había parecido que sonaba! Bueno, perdona la intromisión, cariño. Hasta ahora. –Se oyó el ruido al colgar.

–Lo siento muchísimo –se disculpó rápidamente–. ¡Qué vergüenza! –Se rió un poco demasiado fuerte–. Ya sabe cómo son las madres.

¿Vivía con su madre?

–Bien –prosiguió Eli, y mentalmente anotó una señal en la columna de «contras»–. Así, ¿ha quedado claro? ¿Sabe el qué, el cuándo y el dónde?

–Sí, totalmente.

–Perfecto. Entonces, hasta la vista. –Y colgó el teléfono.

Eli se volvió, cruzó los brazos sobre el pecho y, con un marcado ceño, se quedó mirando a Cooper.

–No para de hablar. No me convence.

Su socio hizo una mueca de desagrado.

–Pero todas hablaban mucho, ¿no?

Así era. Pero aquélla...

Eli no sabría decir por qué, pero había tenido la sensación de que Marnie Banks sería diferente de las otras.

Y, en ese momento, mientras se sentaba a esperar que ella reapareciera con la fruta, pensó que había tenido razón. No cabía duda de que su apariencia física era distinta de las demás; para mejor. Tenía una constitución atlética. Una hermosa constitución atlética. Piernas largas, espalda fuerte, un bonito culo y aquel maravilloso cabello cobrizo oscuro. Con suerte, sobreviviría a la entrevista.

Un cuarto de hora más tarde, la joven reapareció con un enorme melón que parecía pesar unos diez kilos.

Él le había explicado de forma bien clara que debía comprar una pieza de fruta que pudiera verse fácilmente, como una naranja o algo así. Al parecer, ella había pensado que debían de ser ciegos.

La chica se detuvo junto a un cubo de basura, dejó el melón encima en precario equilibrio, se descolgó el bolso del hombro y comenzó a rebuscar en su interior.

Eli miró su reloj. Faltaba un minuto para las dos, la hora a la que habían quedado. Era puntual, otro punto a su favor. Mientras ella proseguía su búsqueda, Eli le dijo al conductor que aparcara junto a la acera. Bajó, se apoyó en el capó del coche con las manos metidas en los bolsillos y esperó. Finalmente, la joven se puso de pie, se colgó el

bolso al hombro y cogió el melón entre los brazos. Entonces lo vio a él, y dio un extraño saltito sin moverse de sitio.

—¿Marnie Banks?

—Ah... sí —contestó ella, sonriendo un poco—. ¡La misma!

—Perfecto. Entra —repuso él mientras abría la puerta del Lincoln.

Sin dejar de sonreír, Marnie se inclinó un poco, guiñando sus ojos castaños para ver el interior del coche.

—¿Por qué no tiras el melón? —le sugirió.

Ella pasó rápidamente la mirada del coche al melón, y luego lo miró a él.

—¿Tirar el melón?

—Sí, tirarlo.

—Pero si me ha costado siete dólares.

—Vale, pues quédatelo —repuso Eli—. ¿Entras?

—¡De acuerdo! —Sin embargo, no lo hizo, sino que se quedó mirando el Lincoln durante un buen rato.

Él la observó inexpresivo. La joven estaba teniendo la misma reacción que habían tenido las otras, y, en el fondo, Eli pensó que quizá aquélla no fuera la mejor manera de contratar a una organizadora de bodas.

—Ah... —Marnie dio un cauteloso paso hacia adelante y se inclinó, tratando de nuevo de ver el interior del coche—. Eres el tipo de los Aventureros, ¿verdad?

—Sí. ¿Te importaría entrar antes de que llamemos la atención?

—¿Tienes nombre?

—Sí, Eli —contestó, mirando más allá de ella. Nunca se era demasiado cauteloso: si la chica le había dicho algo a alguien sobre el asunto y la prensa del corazón se olía lo que estaban planeando, no la dejarían en paz. Ni a él tampoco.

Marnie dio otro paso.

—Así que eres el tío de Aventureros Extremos que está organizando la boda de Vin...

–Eh... –la cortó, antes de que pudiera mencionar los nombres de las dos superestrellas más famosas de Estados Unidos—. Nada de nombres, ¿recuerdas?

–Oh. Vale. –Con sus enormes ojos castaños, Marnie volvió a mirar el interior del coche y luego a él—. Es totalmente comprensible, ya que se trata de una boda supersecreta, bueno, para ser exactos, el segundo intento de boda supersecreta...

–Alto ahí... Creo que eso entraría dentro de la categoría de nada de nombres –le advirtió Eli—. Entra de una vez, ¿quieres?

La joven se acercó más y se quedó justo a su lado. Él notó un agradable aroma mientras ella se inclinaba para volver a mirar dentro.

–Las ventanas son tintadas.

–Así es. Tenemos clientes que no quieren que nadie sepa que van en el coche.

–Ah –exclamó la chica, como si una bombillita acabara de encendérsele en la cabeza—. Claro, claro. –Se coló por debajo de su brazo, metió una larga pierna en el Lincoln, se inclinó para echar otra ojeada y, finalmente, de mala gana, fue metiendo el resto del cuerpo. Eli cerró la puerta, rodeó el coche, entró por el otro lado, se sentó junto a ella y activó los seguros.

–¿Estás cerrando las puertas? –gritó ella asustada.

–Las puedes abrir desde tu asiento –contestó él, y le señaló los controles que tenía a su lado.

–Vale, de acuerdo –repuso Marnie, mirando con ojos extrañados todos los botones de su puerta.

Eli esperó hasta que ella encontró el botón para desactivar el seguro y lo probó un par de veces. Por fin, se acomodó en el asiento, convencida, al parecer, de que podía huir si era necesario.

–¿Todo bien? –preguntó Eli.

–Bien –contestó Marnie con decisión—. Ya estoy a punto.



–Vamos –le dijo él al conductor, y apretó el botón para subir el cristal que separaba los asientos delanteros de los traseros. El chofer arrancó y Eli se sentó cómodamente.

Por el rabillo del ojo, contempló cómo Marnie Banks se quitaba la gorra y la dejaba sobre el melón, que estaba entre ellos. Luego se arregló el pelo y trató de mirar fuera a través del grueso cristal tintado. Pero se cansó en seguida, y se apoyó en el respaldo, volviéndose un poco para mirarlo a él.

–Bueno –empezó alegremente; todas sus reservas parecían haber desaparecido—. Te llamas Eli, ¿no?

–Sí.

–Sííí. ¿Detecto un ligero acento? ¿De dónde eres, Eli?

–De Texas.

–¡Ah! ¡Adoro Texas! Mi tío vivía en Austin. Un buen sitio. Me encanta todo el rollo que se llevan con la música *country*, ¿a ti no? ¡Y los lagos! Me lo pasé en grande en uno de esos enormes lagos de allí, ¿cómo se llamaba? ¿Tavish? No, Travis. Eso es Travis. ¿Y de qué parte de Texas eres?

Oh, Dios, realmente era una cotorra.

–Del oeste. Llegaremos a nuestro destino en media hora.

–Bien –repuso Marnie; cogió su bolso y miró dentro—. ¿Quieres una naranja? –preguntó; sacó una del bolso y se la puso a Eli casi pegada a la nariz para enseñársela—. He comprado unas cuantas en el mercado. He pensado que ya que estaba allí, podía comprar una par de cosillas –explicó contenta.

Él miró hacia abajo. La naranja era enorme, casi del mismo tamaño que el melón.

–No gracias –dijo rechazando la oferta.

La naranja desapareció. Marnie dejó el bolso en el suelo y se estiró la blusa. Era una mujer muy hermosa, pensó Eli. No espectacular, ni delgada como un palillo, como las chicas de Hollywood con las que él solía trabajar, pero

mucho más bonita que la típica institutriz, y sin duda con más curvas.

Ella levantó la vista, pero no pareció fijarse en que él la estaba mirando.

–Yo he nacido y me he criado en Los Ángeles –explicó. Eli miró hacia el frente sin decir nada.

–Trabajaba en alta tecnología –prosiguió ella, apoyando el brazo sobre el melón y cruzando las piernas–. Me iba muy bien hasta que la empresa quebró.

Él siguió sin decir nada.

–¡Por eso me he dedicado a organizar bodas! –rió un poco–. Sí, al quedarme sin trabajo, finalmente tuve la oportunidad de lanzarme de lleno a este negocio. Llevaba mucho tiempo queriéndolo hacer, ¿sabes? Había descubierto que la tecnología punta no es lo mío –reconoció con un leve bufido.

»Lo cierto es que se me da mejor preparar bodas que diseñar páginas web. ¿Quieres que te diga la verdad? Que me despidieran fue el empujón que necesitaba para cambiar. ¡Y entonces supe de esta boda! –Se volvió de golpe hacia él–. Así pues, ¿los conoces? Me refiero a Vincent Vittorio y Olivia Dagwood. Estaba segura de que esto iba a pasar. Leí en *People* que habían vuelto a verse en el rodaje de *El danés*.

Era cierto. Eli había trabajado en esa película, y era la segunda vez que ambos actores tenían un romance. La primera había acabado con sus respectivos matrimonios. Y luego lo habían dejado por culpa de una maquilladora. Pero cuando Vincent dio puerta a la chica de maquillaje, su segundo romance se fue haciendo evidente, y que Olivia se divorciara rápidamente del bailarín con el que se había casado mientras Vince se dedicaba a la maquilladora, ya lo hizo definitivo a ojos de todos.

–No hace falta decir que esto será una gran adición a mi cartera de clientes –comentó Marnie, soñadora, y se echó hacia atrás en el asiento.

–¿Y cómo es tu cartera? –preguntó él, por decir algo, mientras el chofer se detenía ante un semáforo en rojo.

–¿Qué quieres decir?

¿Qué quería decir ella con qué quería decir? Ni siquiera él mismo lo sabía.

–Supongo que me refiero a cuántas bodas has organizado.

–Oh. ¿Cuántas bodas?

Sí, bodas. ¿Qué otra cosa podía haber en su cartera de clientes?

–Bueno, técnicamente ninguna –contestó con decisión—. Ésta podría ser mi primera boda en solitario, pero eso no quiere decir que no haya trabajado en otras. Oh, qué va, he hecho un montón de prácticas –explicó, y movió el brazo para mostrar lo grande que era el montón–, así que me siento totalmente capacitada para organizar esta boda. He trabajado con Simon Dupree. Apuesto a que has oído hablar de él. Es el coordinador de eventos más famoso de todo...

–Relájate –la interrumpió Eli–. Ya podrás resumir tu experiencia cuando lleguemos a donde vamos.

–Pero ¿qué te parece? ¿Crees que suena bien?

–¿Qué es lo que tiene que sonar bien?

–Mi tono.

–Supongo que sí –contestó él encogiéndose de hombros. Lo que Eli sabía sobre organizar bodas era nada en absoluto. Jack era el experto en la materia, porque su hermana había contratado a una organizadora para su casamiento. «Encargan las flores, ayudan con el vestido y cosas de ésas», les había explicado. Sinceramente, cuanto menos hablara Eli de bodas, mejor; sólo estaba haciendo ese trabajo tras mucho protestar.

–¿Y adónde vamos exactamente? –preguntó Marnie mientras intentaba de nuevo ver algo por la ventanilla.

–Donde haremos las pruebas.

–¡Pruebas! –Se echó a reír.

Eli la miró de nuevo.

—¿De qué te ríes?

—Es que suena divertido. Como si fuera a examinarme o algo así.

No tenía ni idea. Eli reprimió una sonrisa.

—¿Y de qué va ese asunto de los Aventureros Extremos? —preguntó Marnie—. ¿Me puedes contar algo de ellos? ¿Cómo son?

—Bueno... no les gusta mucho hablar —contestó él, y la miró de manera significativa.

—¿En serio? —prosiguió ella con una sonrisa encantadora y sin captar para nada la indirecta—. Qué pena. A mí me gusta hablar con la gente. ¿A ti no? Me encanta conocer gente nueva y oírlos hablar de sí mismos y de lo que hacen. Supongo que por eso soy tan buena organizando bodas. Escucho a la novia y al novio, y trato de hacer realidad su idea de un día perfecto —afirmó, y entonces se lanzó alegremente a explicar las diferentes maneras en que lo hacía.

Con un pequeño suspiro, Eli se cruzó de brazos y miró al frente.

## Capítulo 2

**M**arnie era totalmente consciente de la mala costumbre que tenía de hablar para llenar el silencio, sobre todo cuando estaba nerviosa. Pero no tenía ni idea de cómo parar, y menos aún cuando se sentía tan alterada como en aquel momento. Estaba empezando a pensar que quizá se había apresurado al lanzarse de cabeza a lo que en realidad era un trabajo de locos.

Lo que no era de extrañar, sobre todo teniendo en cuenta cómo se había enterado, escuchando disimuladamente una conversación privada en una feria de bodas. Marnie no tenía por costumbre escuchar las conversaciones ajenas (bueno... a no ser que fueran realmente jugosas), pero estaba un poco desesperada. Necesitaba ese trabajo; si tenía que vivir con sus padres un mes más, acabaría tirándose a la vía del tren. Además, una organizadora de bodas sin ni una sola boda en su haber como titular no podía permitirse ser muy exigente.

Oh, ¿a quién pretendía engañar?

¡La sola idea de organizar la boda de Vincent Vittorio y Olivia Dagwood le producía escalofríos! Eran las dos estrellas más famosas del universo, y Marnie estaba impaciente por conocerlos; ya veía a Olivia y a ella convirtiéndose en grandes amigas mientras lo planeaban todo, y luego, después de haber conseguido que la boda del siglo fuera un éxito total, Olivia la liaría con alguno de sus amigos cachas y le enviaría montones de fabulosos clien-

tes, con lo que Marnie se convertiría en la organizadora de bodas de estrellas por excelencia.

Bueno, ¿no podía soñar? De hecho, ese sueño era lo que la había impulsado a ponerse la gorra roja y a comprar la fruta, siguiendo las extrañas instrucciones de los Aventureros Extremos Anónimos.

Y entonces había aparecido el Lincoln.

Cuando había visto a Eli apoyado en el coche, con una gorra negra de los Astros, gafas oscuras sobre una nariz recta, una incipiente barba muy sexy sombreando un fuerte mentón, y unos labios de muerte, por no mencionar su aspecto, alto y fuerte, Marnie se había quedado gratamente sorprendida. ¡El trabajo venía acompañado de un tío realmente bueno!

Por desgracia, que estuviera bueno no significaba que fuera simpático. Le recordaba a un cowboy de alguna vieja película del oeste; el duro silencioso. Un Clint Eastwood con ojos de acero; bueno, suponía que eran de acero detrás de aquellas gafas de sol.

¿Y qué era eso de una prueba?

El Lincoln tomó una curva y, a través del parabrisas, Marnie vio fugazmente una valla de hierro muy alta que sólo podía rodear una enorme casa. Sintió un temblor de entusiasmo. ¡La organizadora de bodas de las estrellas, eso era ella!

Lo cierto era que eso que le había dicho a Clint Eastwood de que siempre había querido dedicarse a organizar bodas era una gran mentira. Cuando la empresa punto-com para la que trabajaba se fue a pique, Marnie había intentado conseguir otro empleo en la industria tecnológica, igual que muchos más; era como si cientos de ellos compitieran por los mismos escasos puestos.

Pasaron semanas sin que tuviese suerte, y su condición de parada acabó llevándola a sufrir la peor de las humillaciones: volver a casa con papá y mamá. Pero no le había quedado más remedio; no podía pagar un alquiler, ni

tampoco las facturas de su tarjeta de crédito, que, aunque le avergonzara reconocerlo, eran una pasada. Sinceramente, no se había dado cuenta de la buena vida que se había dado con su enorme salario hasta que la empresa se hundió.

Así que, después de tres semanas con papá y mamá, cuando ya estaba contemplando la posibilidad de irse a vivir debajo de un puente de la autopista de Santa Mónica, había visto el anuncio de las clases para conseguir el certificado de organizadora de bodas.

Organizadora de bodas. Durante un tiempo, la frase le había estado rondando por la cabeza y despertando sus fantasías. Parecía divertido. ¿A quién no le gustaban las bodas?

Así que había decidido inscribirse en el curso. Como mínimo, era algo que la hacía salir de casa y de delante de la tele, lejos de mamá y papá y del club de lectura de mamá. Y, aunque nunca se había visto como una organizadora de bodas, una vez metida en ello se dejó atrapar por los hermosos vestidos blancos, los espléndidos pasteles, las flores y la porcelana elegante, por no mencionar los fabulosos zapatos de tacón.

Tuvo que reprimir un estremecimiento de placer al pensar en los brillantes zapatos que Olivia Dagwood llevaría en su tercer paseo hacia el altar. ¿O era su cuarto? Tendría que comprobarlo en Internet.

El Lincoln torció de nuevo, y Marnie tuvo la sensación de que estaban moviéndose en círculo. Entonces, el coche redujo la velocidad y dio un brusco giro hacia la izquierda. Eli bajó su ventanilla. Estaban ante un tablero de seguridad. Lo vio teclear un código y luego subir la ventanilla. El chofer llevó el coche a través de una verja, descendió por una pendiente y se detuvo en un pequeño aparcamiento.

Eli bajó las ventanillas traseras y el conductor paró el motor y descendió del coche.